

Café con cardamomo

Albert Tola

En el funeral dijeron
que yo era un soldado,
pero no es verdad.
No hicimos nada,
solo tiramos piedras a los soldados
y bajamos a la calle a mirarlos,
cuando fueron a disparar
al campo de refugiados
que hay al final de la calle.
Al volver de disparar en el campo,
los camiones nunca se paraban.
Solo tirábamos piedras
para sentir que hacíamos algo,
para desahogar la impotencia.
También lanzábamos bengalas,
pero no herían a nadie.
Pasó un primer jeep, un segundo,
pero el tercer jeep se paró.
Un soldado bajó del jeep
y me disparó.
Todos corrieron
dejando mi cuerpo a solas
con el soldado.
Después, él sacó su móvil,
tomó una fotografía,
volvió a subir al jeep
y se fue.
En el funeral, mi amigo
dijo que había visto
en mis ojos abiertos
cómo el alma salía de mi cuerpo.
Según mi amigo
cuando vi que el soldado
bajaba del camión, grité:
“¡Mamá, mamá!”
Me enterraron
en el cementerio improvisado

dentro del parquin,
dónde papá
dejaba siempre su coche.
Hicieron la tumba de arena y ladrillos,
junto a las otras veintiocho tumbas
improvisadas.
Pusieron una rosa
donde me mataron.
Mamá preparó café con cardamomo
y repartió dulces de almendra,
pues, al fin, y al cabo,
siempre es motivo de alegría
entrar en el paraíso.
Ella no decía nada,
solo repartía las cosas,
mientras mi familia y mis amigos
leían el Corán
alrededor de la tumba.
Mi padre nos dejó jugar ahí,
según dijo,
porque éramos niños
y adolescentes
desarmados,
no creyó
que nos fueran a hacer nada.
Él se negó
a que me limpiaran
la sangre.
“La sangre de un mártir
es una bendición”, dijo.
Tardaron pocas horas
en enterrarme,
porque mi padre dijo:
“No tiene sentido
pasar más dolor y tristeza
mirando el cadáver.” •